

El Castillo de la Mota, de Medina del Campo. Intento de “huída” de doña Juana la Loca

Contribución a las aclaraciones de su historia

No deja de ser interesante la actualidad que hoy tienen nuestras fortalezas medievales, porque no pasa día sin que en periódicos y revistas se vean reproducidos algunos de los muchos que existen en España y con ellos, impresas también, amargas lamentaciones, porque van desapareciendo uno a uno, en lucha desigual con los implacables elementos naturales, y aún más desigual con el vandalismo de los hombres, *cultos e incultos*, pues unos por su *excesivo amor al arte* no vacilan en extraer los elementos decorativos que van quedando en ellos, para que *los otros* no los destrocen; cuando no, *esos otros* se anticipan y, cubiertos de su incultura, los utilizan para nuevas construcciones o para satisfacción única de su instinto perverso, demoledor.

De entre todos los castillos, adquiere singular valor, por su situación y por su historia, el de la Mota, de Medina del Campo, del que desde hace tres años, por iniciativa de doña Mercedes Sáinz de Vicuña, se viene haciendo una intensa propaganda, para su restauración y reedificación.

Nos sentimos muy honrados al ser nosotros los que, por propia iniciativa, nos ofrecimos a realizar los es-

tudios del Castillo, para levantar sus planos y hacer sus proyectos, cosa que vamos realizando lentamente, y en el curso de nuestro trabajo concienzudo, nos hemos podido hacer cargo de la falta de cimientos con que se arguye en la mayor parte de los trabajos de críticos de arte e historiadores.

También notamos coincide la publicación de libros de historia medieval, descollando el muy reciente de don Luis Pfandl, traducido del alemán por don Felipe Villaverde, sobre la vida de doña Juana la Loca, que es el que nos ha decidido a salir al palenque a romper una lanza por la verdad, localizando algunos hechos desfigurados por sus críticos y demostrando también la falsía de afirmaciones caprichosas.

Nuestras afirmaciones las basamos en el conocimiento exacto de la conformación del Castillo, relacionándolo con el manuscrito del siglo xvi de Lorenzo de Padilla, haciendo la crónica de la princesa doña Juana, archiduquesa y reina después, para su hijo el emperador Carlos V.

Disculpamos la falta de veracidad mencionada, porque la mayor parte de los ilustres escritores que de este asunto se han ocupado conocían el Castillo por una visita fugaz, desconociendo, desde luego, el emplazamiento del resto de la antigua población de Medina, con sus defensas.

Nos es forzoso reproducir literalmente algunos de los fragmentos literarios a que aludimos y con ellos el plano exacto de la fortaleza y algunas fotografías documentales, y reservándonos para el final el manuscrito de don Lorenzo Padilla, iremos haciendo mención de los que han falseado la realidad de los hechos.

Es el primer documento conocido que trata de este asunto, un manuscrito que se conserva en la biblioteca de la Academia de la Historia (1), firmado por un don Juan, sin apellido, como si se tratara de un pseudónimo.

(1) 12-4-1. H. 3. Memorial de Medina.

En él, con pequeñas diferencias, reproduce otro manuscrito que el año 1614 escribió don Juan López Osorio, pero añadiendo los detalles sobre el intento de huida de la princesa doña Juana, que aquél no narra, cuyos detalles describe en estos términos:

“Durante el año 1504 y en el mes de octubre, en las postrimerías de la vida de la reina Isabel, estando su hija doña Juana en el Castillo de la Mota, y sin poder aquietar el deseo de reunirse con su marido don Felipe, intentó salir, a cuyos deseos se opusieron el Arzobispo de Toledo y otros grandes señores, contestándoles ella: “No se cansen, porque habré de ir, aunque fuese a pie, si no quieren aprestarme lo necesario”; y como era orden de la Reina, su madre, que no permitiesen ni la dejaren ir, y de esto estuviese desengañada la Princesa, se salió a pie de Palacio, sin atender a cosa de su autoridad, sola y con tanta resolución, que al Arzobispo de Toledo le pareció preciso cerrar las puertas de la villa y alzar los puentes levadizos, y viendo esto la Princesa, llegó hasta la muralla, por la parte que llaman La Barreda y allí se estuvo hasta que llegó la noche, sin ser posible que hubiese medio para reducirla se quitase, y queriendo colgar aquella parte y disponerlo para que el sereno de octubre no la hiciese daño, no lo permitió, y así estuvo dos días y dos noches y últimamente se metió en una casilla de un hombre pobre, en cuya cocina estuvo.

En este tiempo se había dado aviso a toda prisa a la Señora Reina Católica, que vino cuan aceleradamente pudo, posponiendo su salud, y la halló en la forma dicha (1).”

Poca confianza puede merecer este autor para los historiadores; no implica que sea el más cercano narrador del hecho, pues se escribió en 1633 ó 1634, para que se prescindiera de él en estudios serios, y hacemos esta afirmación aportando una sola prueba categórica.

(1) Capítulo XXX.

Al dar cuenta de la muerte de Isabel la Católica, dice: "... y el Duque de Alba, entonces Alférez Mayor de Medina, alzó el estandarte en la Plaza Mayor de ella, con el príncipe don Felipe, etc.", y es sabido y comprobado por infinidad de documentos que en aquella fecha los archiduques doña Juana y don Felipe estaban en Flandes. Pero tampoco fué el Duque de Alba el que proclamó Reina a doña Juana; fué el propio rey don Fernando, pues así lo asegura él mismo en la carta que escribió a don Gonzalo Ruíz de Figueroa, su embajador en Venecia, con fecha 1.º de julio de 1506, desde Tordesillas, carta que dice así: "Y el mismo día que murió la dicha Reina mi mujer, contra el parecer de muchos, yo salí a la Plaza de Medina del Campo y subí en un cadahalso, y allí públicamente me quité el título de Rey de Castilla y lo di al Rey y a la Reina mis hijos y los alzé por Reyes y fice que los alzasen por Reyes en todo el Reino, lo cual les fice saber luego en correo volante."

Pero sigamos: después, el historiador don José María Cuadrado, el año 1861, al tratar este mismo capítulo en su libro *Recuerdos y Bellezas de España*, tomo de Valladolid, capítulo VII, páginas 146 a 160, dice: "Allá junto a la barrera (aquí cambia el término de La Barreda de que hablaba don Juan por la barrera), en una desabrigada y humilde cocina, habitaba la heredera de la Monarquía Española, la princesa doña Juana, sin sentir la intemperie del frío, fijos los ojos extraviados en el puente levadizo, que ni a su mandato ni a sus ruegos se bajaba, expiando la ocasión de escapar, para ir a pie a reunirse en Flandes con su veleidoso marido el Archiduque. Ni las instancias del Obispo de Córdoba ni las del Arzobispo de Toledo, bastaron para que volviese a sus aposentos; sólo el cariño de su madre, que vino enferma de Segovia, y sobre todo, la promesa de enviarla a su esposo al asomar la

primavera, lograron tranquilizar a la desgraciada loca de amor.”

Estamos viendo cómo se van transformando los detalles del suceso histórico, detalles que refiriéndose al historiador Cuadrado se cree en el deber de rectificar don Ildefonso Rodríguez Fernández, en su libro de la *Historia de Medina del Campo*, pág. 466, diciendo: “...a su Palacio y no a la Mota llevó a doña Juana, su hija, la Reina Católica, cuando teniendo que venir enferma desde Segovia, la halló en la cocina o albergue de una humilde casa al pie de la muralla, lo cual prueba que siempre fué el Palacio y no la Mota morada de los Reyes Católicos.”

Su afirmación categórica no prueba nada, pues no aduce ninguna demostración, ni reproduce ningún documento que lo atestigüe y cae en el error de los demás suponiendo a la Princesa albergada en la cocina de una humilde casa al pie de la muralla.

Esta afirmación no debiera hacerla quien conocía a Medina, palmo a palmo, por haber vivido allí muchos años.

Si la Princesa vivía en la mansión real del pueblo, tuvo que salir a la plaza, lugar concurrido; atravesarlo para salir a las afueras, a cualquiera de sus puertas, donde en ninguna había puente levadizo, porque foso no había más que alrededor del Castillo, y allí únicamente estaba el puente en su entrada.

El suceso no pudo ocurrir más que en el Castillo, lugar en el que todos están conformes, y respecto a la llegada de la Reina, venida de Segovia apresuradamente, haremos después los debidos comentarios, para seguir ahora con los críticos e historiadores.

Don Antonio Rodríguez Villa recopila, en 1892, documentos históricos, que él procura completar en sus detalles con afirmaciones, de las que no aduce pruebas tampoco, y el suceso que nos ocupa lo refiere en estos términos: “Hacia la Reina grande instancia con la

princesa doña Juana para que esperase al Rey su padre, con tanto más motivo cuanto que el tiempo no era conveniente para ponerse en la mar; mas la Princesa y los flamencos que en su servicio estaban no mostraron haber recibido gran placer en la victoria (1), y sabida la nueva de la tregua, en lugar de suspender su viaje, mandó doña Juana pasar de Fuenterrabía a Bayona unos carros que allí existían de su recámara, comenzando a poner en orden su marcha.

Recelando doña Isabel que su hija partiese sin su licencia, envió cierta instrucción a don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, que estaba con la Princesa en Medina del Campo y tenía cargo del gobierno de su casa, para que la tuviese "lo más dulce y graciosamente que se pudiese"; mas no embargante esto, la Princesa determinó de partirse a mediados de noviembre. No bastaron a disuadirla de este propósito el Obispo y Pedro de Jones, que fué de parte de la Reina para rogarla que suspendiese su marcha; ni aprovechó blandura ni cuantos medios se emplearon, y como no se halló otro remedio para detenerla, diéronle una carta escrita de mano de la Reina diciéndola que el Rey iba a Segovia y que luego partiría ella para Medina. Dispúsose además que no la llevasen las hacaneas, porque a pesar de lo referido, se quería marchar.

Atropellando por todo, doña Juana salió un día a pie hasta la última puerta de la Mota, con propósito de irse por donde pudiese, de suerte que no hubo otro remedio sino cerrar las puertas y levantar el puente levadizo.

Entonces la Princesa, con gran alteración, se puso en la barrera, donde estuvo todo aquel día y la noche siguiente, sufriendo el intenso frío que hacía, sin que aprovecharan las amonestaciones y ruegos de su confesor y de Madama de Alayn, que era muy favorecida suya para que se mudase de aquel lugar, sin permitir

(1) Toma de Salsas por Fernando el Católico.

siquiera que se colgasen algunos paños que mitigaran el rigor de la temperatura y sin tener respeto a ninguna cosa que tocase a su honor y salud.

Estaba en esta sazón la Reina en Segovia muy enferma, y por esta causa difería su partida. Envió a don Enrique Enríquez, su tío, para aplacar a la Princesa y para persuadirla que se subiese al Castillo y se saliese de una cocina en que se hallaba, junto a la barrera, donde se había metido, en la que comía y dormía.

Con el mismo objeto envió la Reina también al Arzobispo de Toledo; pero, a pesar de tantos ruegos, no se pudo conseguir que subiese a su aposento, y así andaba de día por la barrera y recogíase a comer y dormir por aquella estancia.

Teniendo de esto aviso la Reina, partió aun muy doliente a gran prisa para Medina.

No quiso ir a la Mota, sino fuese a apearse a Palacio, de donde fué lo más sola que pudo, y por el gran respeto que la Princesa tuvo siempre a su madre, se subió con ella a su aposento (1).”

En este escrito, en el curso de su explicación, encontramos entrecomilladas frases como ésta: “lo más dulce y graciosamente que se pudiese”, lo que quiere decir que es una referencia, pero cuya referencia no señala, lo mismo que cuando dice que entregaron a la Princesa una carta de la Reina; pero estos lugares comunes son fáciles de añadir con un poco de imaginación literaria; sin embargo, en otros pasajes señala la presencia de personas que no han figurado en ningún escrito anterior y así tenemos a su confesor y a Madama de Alayn, que surgen sin saber de qué fuentes autorizadas hizo la investigación, lo mismo que cuando afirma que la Reina envió a don Enrique Enríquez, su tío, para aplacarla.

Se sigue suponiendo a la Reina en Segovia, con el consiguiente ir y venir de mensajeros en viajes rá-

(1) Páginas 87 y 88.

pidos, y aquí el señor Rodríguez Villa ya trasladada directamente a la Reina a Palacio, de donde sube sola el Castillo de la Mota.

De donde estuvo el Palacio hasta el Castillo habrá un kilómetro, probablemente más, y es difícil creer que la Reina sola atravesara toda la ciudadela, en pronunciada pendiente, y quebrantada de salud como ya estaba.

La localiza, en su escrito, al principio, en el castillo, puesto que dice: "Atropellando por todo, doña Juana salió un día a pie hasta la última puerta de la Mota", y luego añade que al cerrar las puertas y levantar el puente levadizo se fué a la barrera, palabra que encontramos en los demás escritores; únicamente Rodríguez Villa, desconociendo la situación de esa barrera, repetida tantas veces, la da por localizada en lo que se denomina Adarve, en el primer recinto amurallado, barrera al fin, repitiendo lo de la cocina de los demás autores, cosa falseada, como demostraremos al final.

A este autor le sigue don Mariano Rodríguez Macías, que publicó un folleto recientemente, que titula: *Alrededor del Castillo de la Mota*, impreso en Medina, sin fecha, y en él copia literalmente (pág. 12) lo escrito por don Lorenzo de Padilla que sirve para nuestras afirmaciones referentes a la huída de la Princesa; pero hace por su cuenta tales aseveraciones en otros asuntos relacionados con la Mota, que lo tenemos en disposición de réplica, para cuando tratemos el asunto de si el Castillo pudo o no pudo ser Palacio.

Sigue a este folleto otro de don Gerardo Moraleda, que al hacer la descripción de las puertas que existían en la muralla de la ciudadela, dice:

"¿Tendrían puente levadizo estas puertas? Creo que sí, porque cuando la infeliz princesa doña Juana, decidida a unirse con su esposo don Felipe en Flandes, abandonó el Castillo, contra la oposición de los corte-

sanos, para realizar a pie tan loca empresa, sólo pudo ser detenida cerrando las puertas y levantando el puente.

Ahora bien: este puente no pudo ser el del Castillo que ya había abandonado. Luego debió ser el de una de estas puertas, de la cual no pudieron apartarla, durante tres días, logrando sólo de ella que se albergase por la noche en una humilde casita que había junto a la puerta.”

Este autor, después, en otro capítulo, copia literalmente al historiador Cuadrado, del que ya nos hemos ocupado anteriormente.

Don Gerardo Moraleda no se ha tomado el trabajo de estudiar la estructura de lo que fué ciudadela, porque de haberlo hecho no hubiera incurrido en el error de suponer puentes levadizos donde no hubo foso.

Por último, en este mes de febrero se puso a la venta el libro de don Luis Pfandl, alemán, traducido por don Felipe Villaverde, en el que por cuenta propia hace la explicación del intento de huída de doña Juana en la siguiente forma:

“En noviembre llegó una embajada de su marido, con objeto de que le informaran de si ella quería ir pronto a su lado.

Ya no pudo contenerse. En el Castillo de la Mota, en Medina del Campo, donde Juana pasaba sus días, ya entrada la noche, dió orden de marchar inmediatamente. En vano la rogaban que por lo menos esperase el regreso de la Reina, que estaba ausente, para despedirse de ella. No quiso oír observación alguna; salió apresuradamente de sus habitaciones al patio del Castillo, para huír de aquella prisión.

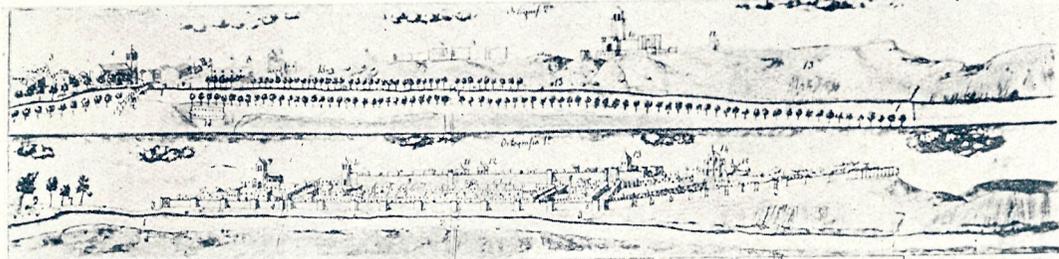
El Obispo de Córdoba, allí presente, a quien Isabel había confiado la custodia de su hija, mandó levantar los puentes y cerrar las rejas de salida. Juana ordenó que las abrieran y se puso frenética, porque la desobedecieron.

Con ruegos y amenazas solamente se consiguió aumentar su furia.

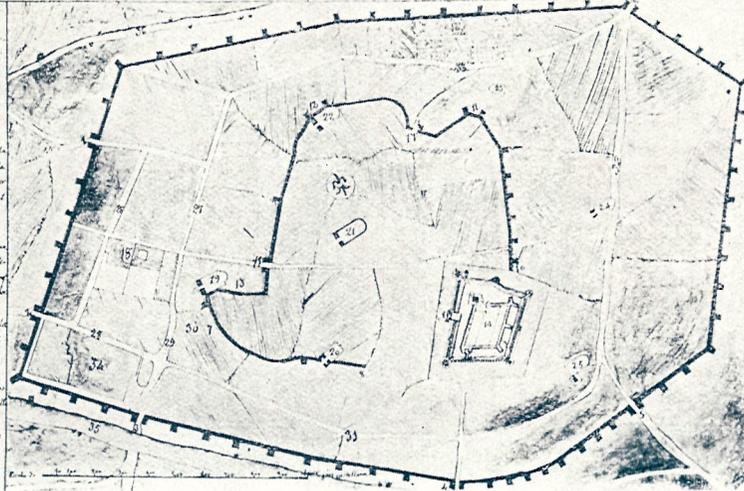


Doña Juana la Loca. Grabado antiguo.

Fot. Prast.

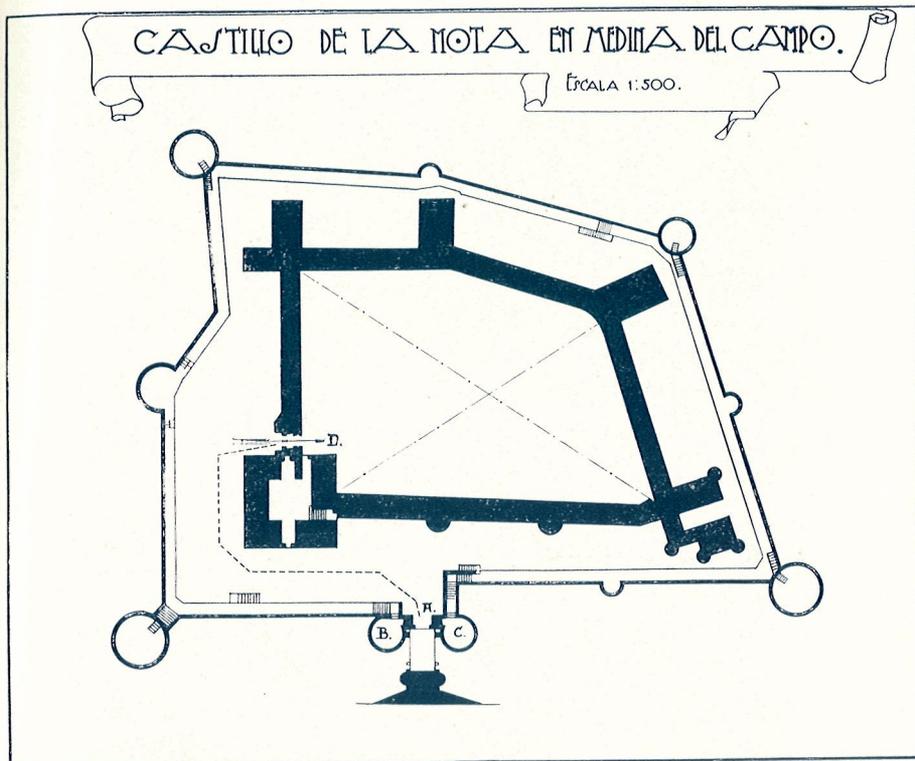


- Explicacion de la planta
1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.



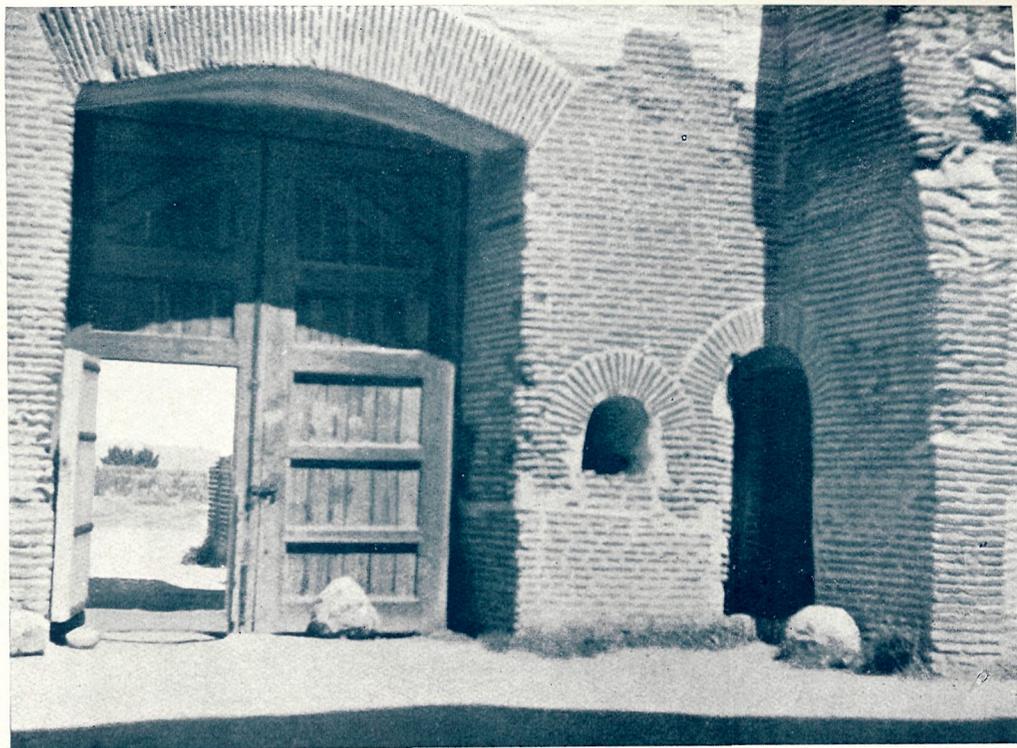
- Explicacion de la planta 1ª
1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.
- Explicacion de la planta 2ª
1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

Plano antiguo del emplazamiento del Castillo y de sus distintas defensas.
 Fot. Prast.

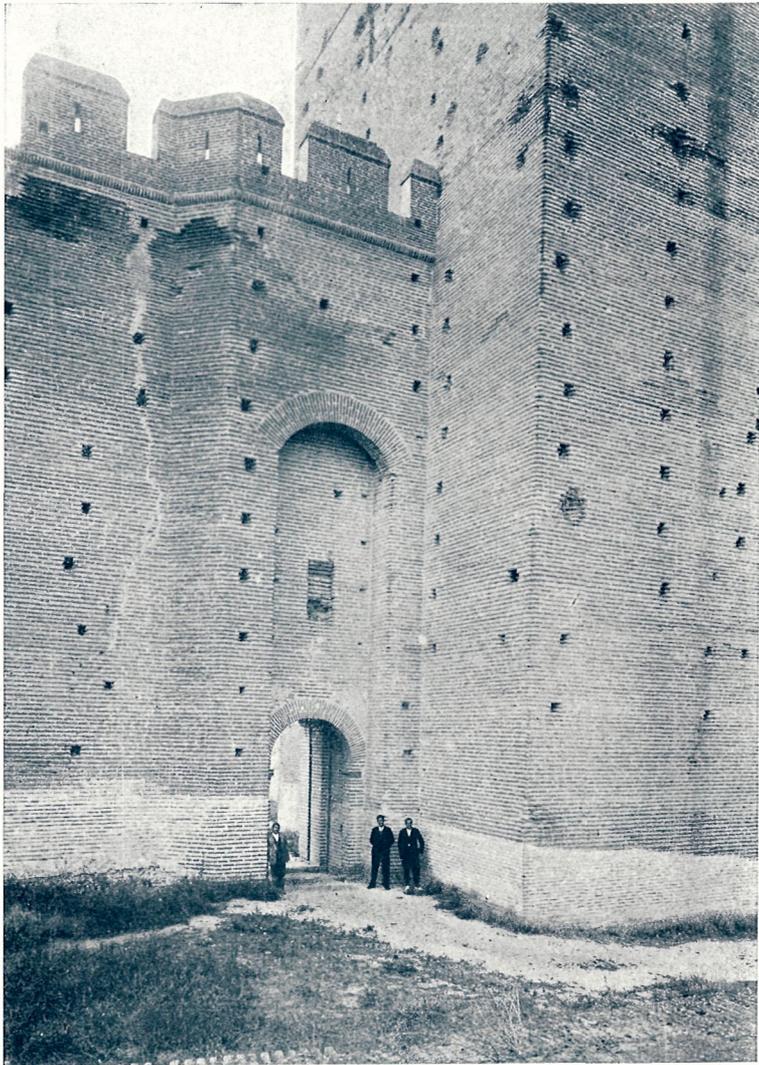


PLANO GENERAL.

Dibujo de Prast.



Entrada al Castillo y puerta de una de las garitas en las que estuvo Doña Juana.
Fot. Prast.



Puerta de entrada al segundo recinto y patio de armas.

Fot. Prast.



Parte superior de la puerta del Castillo con sus garitas y adarve adonde se asomaba Doña Juana.

Fot. Prast.

Rechazaba, airada, a las damas de la Corte y a la servidumbre y sacudía, desvaída, los barrotes de las rejas. En vano trataron de ponerle el manto y la toca. Como un animal feroz, preso y agarrado a la reja, así pasó ella al raso aquella fría noche de noviembre y el otro día.

Durante la noche siguiente se acercó, no sin gran pena, a un hogar que habían puesto al lado de ella en el patio. El nuevo día volvió a encontrarla asida a la verja y en tal postura la encontró también su madre Isabel, que poseída de mortal espanto, hubo de recordar con amargo dolor a su propia madre, que tuvo ataques de demencia en Arévalo, ciudad situada a pocas millas al Sur de Medina del Campo.

Con sus exhortaciones logró sosegar la tormenta y consolar y reanimar a Juana, que estaba enteramente abatida. Pero tuvo que oír de labios de su propia hija tan indecorosas e insolentes palabras *que jamás las hubiera tolerado, si no hubiese conocido su estado mental.*

Así escribía dolorosamente conmovida a su Embajador en Bruselas.”

Esta descripción, con estar adornada de múltiples detalles, hijos de la imaginación de un novelista, no de un historiador, prescinde de lo de la cocina humilde, y de la llamada urgente a la Reina, que otros sitúan en Segovia, él la supone ausente, sin citar lugar, hasta que sube al Castillo. En el Castillo habla de prisión y de rejas varias veces, notándose la influencia que para él ha tenido el saber que allí había presos de categoría. Si doña Juana se quedó dentro del Palacio, la única reja admisible que existía como impedimento de salida era el rastrillo de la puerta a la Plaza de Armas del segundo recinto, y desde esta puerta a la principal del Castillo, ni existía ni pudo existir otra reja u otras, ni aun en la puerta del puente levadizo, porque bien claramente se advierte en su estructura que no hubo rastrillo.

Es lástima que el señor Pfandl, tan escrupuloso al

citar el origen de sus noticias en otros pasajes, no nos diga el lugar donde encontró la carta que la Reina escribió a su Embajador en Bruselas, pues ella podría ser valiosísima para nuestras informaciones, como asimismo de dónde obtuvo esos detalles minuciosos, como los de que la Princesa se negó a ponerse el manto y la toca requerida por sus damas.

Estas son, por fin, las distintas modalidades que se han dado al hecho de la tentativa de huída de doña Juana, copiadas por otros críticos e historiadores, cuya enumeración es innecesaria.

Pues bien: Lorenzo de Padilla en el capítulo XXVIII de la Crónica que hace a Carlos V y cuyo original manuscrito existe en la Biblioteca del Escorial, al hacer la referencia de estos sucesos históricos, dice: "En Segovia, la Reina y la Princesa estuvieron algunos días y de allí se fueron a Medina del Campo." Esto desvanece la duda de la posibilidad del viaje apresurado de la Reina, y continúa al detallar el intento de huída de doña Juana: "A la sazón, don Felipe, el archiduque, estaba en Flandes y la Princesa suplicó muchas veces a la Reina, su madre, que le diere licencia para se volver a su marido.

La Reina disimulaba esto, porque, en la verdad, quisiera que su hija no volviera a Flandes por entonces, porque se sentía mal dispuesta de la enfermedad que murió.

Y como la Princesa quería tanto a su marido, perdida esperanza de que la Reina no le daría licencia se determinó a ir a Flandes.

Y estando aposentada en la Mota de Medina mandó aderezar su casa para irse y cuando la Reina lo supo, ya llevaban las mulas y mandólas detener y envió a don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, a hablar a su hija: díjole que si la viese determinada, no la dejase salir.

Cuando el Obispo llegó, ya la Princesa estaba a la *puerta de la fortaleza que salía del palacio* y el Obispo

le suplicó que se volviese a su aposento y que no se fuese sin licencia de la Reina, su madre; y por mucho que la importunó y suplicó, no pudo acabar con la Princesa que se volviese a entrar sino que se había de ir. Y visto esto el Obispo *mandó cerrar la puerta de fuera de la fortaleza, sobre la cual* la Princesa le dijo muy malas palabras.

Y el Obispo se salió y se fué para la Reina no sin dejar en guarda de la puerta a su Aguacil, llamado Vallejo.

Y visto que iba enojado el Obispo, la Princesa mandó a un gentil-hombre de su casa, el llamado don Miguel de Ferrera, que llamase al Obispo. Este caballero le fué a llamar y le dijo lo que la Princesa mandaba.

El Obispo, enojado, respondió que no era tiempo de volver ni sufrir semejantes cosas y fuése para la Reina y díjole lo que había pasado con la Princesa, la cual quedó tan enojada que *aquella noche durmió entre ambas puertas, en cierta garita, donde le aderezaron su cama.*

Y no obstante que la Reina estaba mal dispuesta, otro día, de mañana, vino en una litera a ver a la Princesa, a la cual halló muy enojada y rogóle muy afectuosamente que se volviese a entrar en su aposento, prometiéndole que en viniendo el Rey su padre de Aragón la enviaría a su marido, como era razón y que nunca Dios quisiere que su voluntad de ella ni la del Rey su padre era de la descasar de su marido y que si otra cosa le habían dicho sobre aquel caso, que no lo creyese.

Y con esto se satisfizo la Princesa y quedó sosegada.”

Es imprescindible conocer el plano del Castillo para darse cuenta exacta de que la narración de Padilla es la única verídica y por él, siguiendo las anotaciones, se hará cargo el lector de lo que afirmamos.

El Castillo no tenía más que dos puertas: una, la del recinto A, con el puente levadizo, a cuyos lados existían y existen, dos recios cubos con dos garitas o recintos

circulares, B. y C., y otra puerta en el segundo recinto, de hojas fortísimas, D., y detrás de ella un rastro de hierro, detalles fácilmente comprobables al estudiar hoy la estructura de la fábrica que subsiste.

Dice Padilla en uno de sus párrafos: "Mandó cerrar la puerta de fuera de la fortaleza *sobre la cual* la Princesa le dijo muy malas palabras."

Examinando la fotografía que reproducimos de la entrada, tomada a vista de pájaro, se ve que el adarve corrido de todo el primer recinto continúa por encima de la puerta y desde allí fué desde donde pudo hablar la Princesa.

La crónica de Padilla es prolija en detalles, pues hasta los nombres de los actores del suceso señala, cuyos nombres figuran en otros pasajes también, sin que recordemos que haga referencia ni a don Enrique Enríquez, ni a la embajada que vino de Flandes, ni a madame de Alayn, ni al tan llevado y traído Arzobispo de Toledo, pues sólo Fonseca es el que figura en esta narración.

Y ahora, para terminar, consideramos necesario hacer notar la distancia que existe entre Medina del Campo y Segovia, para que por su propio peso se derrumbe la teoría falsa del apresurado viaje de la Reina y del no menos apresurado del obispo Fonseca.

El camino más corto que existía entonces era de Segovia a Santa María de Nieva, de ésta a Arévalo y de Arévalo a Medina del Campo, distancias que suman 97 kilómetros.

¿Cómo es posible que esta distancia pudiera ser recorrida, en el tiempo que la suponen los comentaristas e historiadores, por dos veces?

Pero a esto tenemos que añadir los medios de locomoción de entonces y el delicadísimo estado de la Reina, hechos que por sí solos bastan para suponer lo erróneo de las afirmaciones que sobre este punto se hacen.

No queremos terminar sin transcribir un documento que aclara las razones que tenía la Reina para aposen-

tar a la Princesa en el Castillo de la Mota, mientras ella vivía en el Palacio de Medina.

Estaba reciente la restauración del Castillo, que se había hecho con miras a que la Princesa lo utilizara, como lugar aislado para reponerse de su quebrantada salud, pues ya en aquella época necesitaba cuidados especiales, como lo tiene demostrado su fracasado intento de huida a Flandes.

Pues bien: el doctor Julián nos explica, en la carta que dirige al Rey a Salsas, el estado en que estaba (1).

“Y no deve vra. alteza desto maravillarse, pues la disposición de la Princesa es tal, que no solamente a quien tanto va y tanto la quiere deve dar mucha pena, mas a cualquiera aunque fuesen estraños, porque duerme mal, come poco y a veces nada, está muy triste y bien flaca.

La enfermedad es muy adelante.

Esta carta le ruego que me una vez leída.”

¿No es lógico que, a pesar del cariño de la Reina hacia su hija, y quizá por ese mismo cariño, la procurara aislar de las miradas indiscretas de los cortesanos?

Es bien claro, por tanto, que en aquellos días la Reina vivió en el palacio de la Plaza de Medina y la Princesa en el Castillo.

Y ahora no resistimos a la tentación de hacer unos comentarios sobre los motivos del propósito frustrado de la Princesa.

Sabemos por infinidad de documentos que a la vuelta de su viaje a Flandes vino la Princesa con su servidumbre flamenca, nombrada por su esposo don Felipe, y que la impresión que España les hizo no pudo ser más desagradable, dada la diferencia que existía en usos y costumbres, y sobre todo en lujo, y no se recataban de escribir que en los pueblos de España las personas vivían con las bestias. Nosotros creemos con fundamento que estos mismos servidores de la Princesa anhela-

(1) *Biblioteca de la Academia de la Historia*, A. 11, fol. 380.

ban tanto volver a su país que ellos eran los que le inculcaban, con bien poco esfuerzo, aquellos propósitos, para arrancar a los Reyes, sus padres, la determinación de enviarla con su marido, muy poco después. Es decir, que en aquella ocasión la Princesa fué víctima de las maquinaciones de su propia servidumbre, ya que poco agradable les debía resultar servir a señora tan desequilibrada y en tierra extranjera.

Aquella loca de amor, que guardó durante diez y nueve años insepulto el cadáver de su esposo Felipe I "El Hermoso", hasta que su hijo, Carlos V, decidió acabar con aquel macabro espectáculo.

ANTONIO PRAST.